

San Ignacio, los jesuitas y José de Arteche*

PEDRO BERRIOCHOA AZCÁRATE

Amigo de Número de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País

Resumen:

En este trabajo se analizan la biografía de José de Arteche, y la influencia que Azpeitia, Loiola y los jesuitas tuvieron en su vida y en su obra. Arteche recogió la figura de San Ignacio en multitud de artículos y en su biografía. La influencia de los jesuitas decreció para los años 50 en su vida y obra, no así la sombra del santo de Azpeitia, perenne hasta su muerte.

Palabras clave: Arteche. San Ignacio de Loyola. Azpeitia. Siglo XX. Religión.

Laburpena:

Lan honek José de Artecheren biografia eta Azpeitiak, Loiolak eta jesuitek bere bizitzan eta lanean izan zuten eragiña aztertzen ditu. Artechek San Inazioren figura aztertu zuen hainbat artikulutan eta bere biografian. Jesuiten eragina 50eko hamarkadan murriztu zen bere bizitzan eta lanean, ez ordea Azpeitiako santuaren itzala, hil arte iraunkorra.

Gako-hitzak: Arteche. Loiolako San Inazio. Azpeitia. XX. mendea. Erlijioa.

* Este artículo se ha beneficiado de la participación de su autor en el grupo reconocido por el Sistema Universitario Vasco que trabaja bajo el tema de “Nacionalización, Estado y violencias políticas. Dimensión social, discursos y prácticas (siglos XIX-XXI)” (IT-1227-19 y GIU18/107), así como en el proyecto de investigación del mismo título (Mineco HAR2017-83955-P).

Abstract:

This work analyzes the biography of José de Arteche, and the influence that Azpeitia, Loiola and the Jesuits had on his life and work. Arteche analyzed the figure of Saint Ignatius in a multitude of articles and in his biography. The influence of the Jesuits decreased by the 50s in his life and work, not so the shadow of the saint of Azpeitia, perennial until his death.

Keywords: Arteche. Saint Ignatius of Loyola. Azpeitia. 20th century. Religión.

Este año de 2021 se cumplen 50 años de la muerte del escritor José de Arteche Arámburu. Durante este año escribí el libro *Recordando a José de Arteche (1906-1971)*, que conmemoraba su vida y su obra. A través de la investigación en torno a su figura me di cuenta de la enorme influencia que tuvo en su vida la figura de su paisano San Ignacio y la de muchos de sus amigos jesuitas, con los que mantuvo una relación estrecha.

Aprovecho, pues, este Año Ignaciano 2021-2022 que recuerda el 500 aniversario de la herida de Íñigo de Loyola en Pamplona y su “conversión” para sumarme a través de este pequeño trabajo a esta efeméride.

El hecho de la “conversión” fue también un tema muy querido para Arteche y para muchos católicos de la época que buscaron, algo infantilmente en mi modesta opinión, la caza del hereje converso con obsesión.

1. José de Arteche Arámburu (1906-1971)

Arteche nace en Azpeitia el 12 de marzo de 1906. Es el último hijo del matrimonio formado por Roque Arteche y María Cruz Arámburu. Se trata de una familia de clase media que regentaba el Hostal Arteche, un establecimiento hotelero de solera que se remontaba a mediados del siglo XIX. Por ciertas desavenencias familiares, los Arteche-Arámburu tuvieron que abandonar la vieja fonda familiar y abrir otro pequeño establecimiento, el pomposamente llamado Hotel Central. Sin duda, ello supuso un menoscabo en la economía familiar. La muerte de su madre María, que era el eje de la economía familiar, todavía en la cincuentena supuso un quebranto aún mayor para la familia y para su economía.

La niñez de Arteche parece haber sido totalmente normal. Fue, al parecer, un niño algo retraído, tímido, melancólico y soñador. Estudió un par de

años en el colegio de las monjas de Nôtre Dame y luego en los Maristas. Ambas colegios de procedencia francesa, regentados por órdenes religiosas huidas por las disposiciones laicas de la III República francesa. José parece haber sido un buen estudiante. Sin embargo, las vacas flacas de la economía familiar impidieron que cursara el bachillerato y siguiera una carrera, que sí la había seguido su hermano mayor Ignacio, un reputado médico pediatra y también escritor.

Tras salir del colegio con 13 años, José desempeña una serie de trabajos que van desde chico de almacén de coloniales, empleado de banca o interino del Ferrocarril del Urola. Sus trabajos bancarios le llevan a San Sebastián. Allí se aloja en la casa cuya patrona es Elena Gamecho, un hogar en donde se respiraba un ambiente vasquista con cierto sesgo nacionalista. José entra de lleno en contacto con la cultura vasca. Asimismo, siempre fue un chico con una religiosidad profunda. La suscripción en los años 20 a la revista francesa *La vie intellectuelle* le lleva hacia el conocimiento autodidacta de la lengua francesa y hacia la influencia de los dominicos franceses y del neotomismo.



José de Arteche Arámburu.

Por esta época se topa con las ideas políticas del nacionalismo vasco. Estamos durante la dictadura de Primo de Rivera y las ideas nacionalistas ganan adeptos jóvenes en Gipuzkoa, una provincia hasta entonces algo refractaria hacia las ideas aranistas. Su propia familia profesaba las ideas del Partido Integrista, las más comunes en el distrito de Azpeitia y en la clerecía guipuzcoana. Es en Mutriku donde conoce al escritor Ignacio de Iriondo, *Arno-Mendi*, quien deposita en él la semilla de la fe nacionalista. Arteche va a teñir este hecho con caracteres de “conversión”, una idea siempre presente en su mente. No olvidemos, por otra parte, el carácter también de “conversión” que dio el propio Sabino Arana a su descubrimiento de Euzkadi como la patria de los vascos.

Así que para los veinte años, el joven Arteche participa de las ideas matrices de su vida: la religiosidad católica, el vasquismo y el nacionalismo

vasco. Además comienza a escribir de forma anónima en el semanario en euskara *Argia*, en *El Pueblo Vasco* y en *La Constancia*. Otro elemento vital se suma a su personalidad: la necesidad de escribir.

Arteche sirve en el cuartel de Loiola y, tras el servicio militar, se emplea en el Banco Guipuzcoano, en donde permanecerá hasta 1947, bien en la sucursal de Irún bien en la central de San Sebastián.

Son años efervescentes. En 1930 se crea el vespertino *El Día* y Arteche se involucra de lleno escribiendo artículos y artículos, hasta tres a la semana. Asimismo, llega la II República y se abre un ambiente político alegre, libre y bullanguero. Los jóvenes se lanzan a la política. 1931 es también el año de su boda con María Gorostegui, *Marichu*.

José no para. Escribe para *El Día*, pero también para el bilbaíno *Euzkadi* o para el bonaerense *El Pueblo*. Da mítines en Gipuzkoa y participa en charlas por Navarra como si fuera un misionero nacionalista en la irredenta tierra vasca. Forma parte durante dos años del GBB del PNV. Igualmente toma parte de AVASC (Asociación Vasca de Acción Social Cristiana), en donde se involucra como profesor dentro de la línea social católica, y publica en 1934 un libro-folleto (*Una inquietud y cuatro preguntas*). Es también secretario de *Yakintza*, la revista fundada por Euskaltzaleak de la que es la cabeza su amigo *Aitzol*. Tiene también tres hijos. Trabaja en el banco... Un frenesí.

Esa actividad desbordante es cortada en seco por la sublevación militar de julio de 1936. En aquellos días convulsos, el PNV se debate en qué hacer. Arteche y otros no están por apoyar al Frente Popular. Al final, el PNV se decanta por apoyar al gobierno tras obtener la promesa cercana del Estatuto. Comienza la guerra y parte de Gipuzkoa es ocupada por los requetés navarros. Arteche y su familia abandonan San Sebastián y se refugian en Azpeitia. Ante su situación familiar y a requerimiento de Marichu, que está encinta del cuarto hijo, Arteche decide quedarse y refugiarse en casa de una familia carlista. Cuando al mes salga de su escondite y se presente a las nuevas autoridades, la medicina va a ser amarga: enrolarse con 30 años y tres hijos como “voluntario” en el Requeté.

José hace toda la guerra, casi tres años. Es enrolado en el Requeté, en el Tercio Oriamendi de los carlistas guipuzcoanos. Hasta mediados de 1937 toma parte en la cruenta campaña de Bizkaia, primero desde el límite guipuzcoano del Alto Deba, y luego siguiendo el curso del Ibaizabal por los montes que lo rodean y lo llevan a Bilbao. Pasada la campaña, se enrola en el ejército

con un grado de suboficial, el que ya había obtenido en su servicio militar. A partir de entonces, lleva la administración de su compañía de Ingenieros, ligada al cuartel de Loiola de San Sebastián, lo que le da pie a venidas frecuentes a Gipuzkoa.

Sin embargo, participa en terribles batallas a lo largo y ancho de los campos de España: Bajo Aragón, Levante, Cataluña... Toma parte en episodios tan duros como la batalla en torno a Teruel, Gandesa o el frente del Ebro. Vuelve a casa a fines de mayo de 1939. La guerra le deja una huella indeleble. “Soy otro hombre”, dirá.

La guerra será la piedra de toque de su pensamiento. Se sentirá impelido a suturar el odio que palpó en aquellos años. Su ideal de concordia le colocaría en eso que hoy se llama la Tercera España, un amplísimo grupo de gente que fue empujado violentamente, y a su pesar, por alguno de los bandos en guerra. El libro de sus memorias de guerra, *El Abrazo de los Muertos*, va a ser su obsesión en los veinticinco años que pasó en el cajón, sabedor de que era imposible que pasara por la censura.

Arteche vuelve a su vida de trabajos y escritos de una forma silenciosa, acorde con el ambiente político y social de la época. Es un padre de familia de cinco hijos, trabaja en el Banco Guipuzcoano en San Sebastián y ya no escribe en la prensa. La familia se pone a vivir en Zarautz, a medio camino entre Azpeitia y la capital, a donde se dirige en el tren de la costa diariamente. Son nueve años sombríos y silenciosos. Hay mucha necesidad y su mujer Marichu abre un taller de costura y cose ropa para fuera. Llegan otros dos hijos. La necesidad es acrecienta.

José se lanza a escribir libros ante su silencio como periodista. Escribe cuatro biografías: la de San Ignacio, a la que me remitiré con detalle, y las de tres marinos del XVI: Elcano, Urdaneta y Legazpi. Asimismo, ensaya un nuevo género, el del relato corto cultural o de estampa, en torno a un paisaje, un lugar, un personaje, una obra de arte...

En 1947 gana por oposición un empleo de ayudante de la biblioteca y del archivo de la Diputación de Gipuzkoa, un puesto *ad hoc* para él y para sus cualidades. Obtiene la excedencia en el banco, y busca otro trabajo de contable para sus tardes. Más trabajo. Así discurrirán los años hasta su muerte: pluriempleo y escritura.

En 1948 la familia ya de siete hijos se traslada a la capital en donde nacerá el octavo. Se mudan a un piso de la propia Diputación en el barrio donostiarra de Gros.

En 1947 parece que suceden muchas cosas. El régimen franquista intenta una tímida apertura ante los vencedores de la II Guerra Mundial. Es el año del referéndum de la Ley de Sucesión, por el que España pasa a ser un reino; la influencia de Martín Artajo en Exteriores y la de sus propagandistas católicos de la ACNP es fuerte en el gobierno; se reanudan las Conversaciones Católicas comandadas por Carlos Santamaría; un tradicionalista algo más abierto, el barón de Benasque, está en el Gobierno Civil... Arteche empieza a colaborar en el diario tradicionalista *La Voz de España*, y junto al imprentero Unzurrunzaga se entrevista con el director de Cultura y Propaganda, el católico Pedro Rocamora. Se abre la espita para la publicación de libros en euskara, se publican revistas como este nuestro *Boletín* de la Bascongada, *Egan*, *Munibe*... Todo esto en torno a esta fecha de 1947, un poco antes o un poco después.

Arteche opta por el posibilismo, por una disidencia blanda. Algunos compañeros de su antiguo partido le acusan de colaboracionista. Es una etiqueta que va a arrastrar de por vida. Y, sin embargo, nunca ocupó cargo político alguno ni se permitió una frase de aplauso hacia el régimen en su más de un millar de artículos. Nada. Los ejes de sus artículos semanales en *La Voz* van a discurrir por sus antiguas preocupaciones: la religión, ahora de una forma más abierta y menos combativa; la cultura vasca; y lo que él llamaba “hablar entre líneas”, esto es, tocar un tema social y a través de él incidir en una suerte de protesta ante la dictadura. A veces será el tema de “Vasconia”, palabra casi proscrita, o de fenómenos sociales como las migraciones, el caos urbanístico, las ganancias fraudulentas de tantos “estraperlistas”, la visión ecológica de los pobres ríos guipuzcoanos, la visión animalista, etc.

Sin embargo, su idea de servir de nexo de la cultura vasca entre el pasado que él conoció y las jóvenes generaciones no va a surtir efecto. Surgirán problemas ideológicos y de censura en *La Voz* que le llevan a su salida. Igualmente, en *Zeruko Argia*, semanario en euskara donde colabora desde mediados de los 60, choca con los jóvenes, que ven a la generación de Arteche como pusilánime, y transitan por caminos revolucionarios abiertos por aquel movimiento europeo y americano que llamamos Mayo del 68.

En este casi un cuarto de siglo que vive en San Sebastián, Arteche se convierte en una figura central de la vida cultural donostiarra y guipuzcoana. Además, prosigue con su producción asombrosa de libros biográficos y de estampas, siempre en feroz lucha contra la censura. Esta vida de trabajos y labores le lleva al primer infarto en 1966, pero, recuperado, Arteche prosigue su camino con un carácter cada vez más agrio. Un año antes de morir, publica,

por fin, sus memorias de guerra: *El Abrazo de los Muertos*. Un segundo infarto cardíaco acaba con su vida el 23 de septiembre de 1971.

Arteche es autor de un par de docenas de libros y más de dos mil artículos. Escribió como un galeote forzado en medio de su pluriempleo. Tres tipos de temática se abordan en sus libros: los menos corresponden a la labor memorialística, los restantes se dividen entre las biografías y los libros de estampas. Entre las biografías, la primera fue la de San Ignacio con una primera edición en 1941 y una segunda en 1947.

2. Un substrato: Azpeitia, la familia, Loiola

“El niño es el padre del hombre” repetirá muchas veces en sus escritos, haciendo bueno el verso de William Wordsworth. La herencia azpeitiarra, los recuerdos familiares, los pequeños sucesos de su niñez y juventud, los personajes de la villa... vuelven una y otra vez, recurrentemente, a sus escritos. “La verdadera patria del hombre es su infancia” dijo el poeta Rilke y parecido aserto fue compartido por otros eminentes pensadores y también por Arteche, que asegurará: “la infancia me dicta”.

Azpeitia alumbrará sus escritos hasta en su madurez. Izarraitz se convierte en el paisaje necesario para ser avistado desde donde se pueda. El valle de Iraurgi es su Macondo particular. Sus personas se convierten en personajes de sus relatos, especialmente en sus estampas.

Los azpeitiarras ilustres cobran una vitola permanente en sus textos. Aparte de San Ignacio, reviven una y otra vez los Anchieta, el músico y el escultor; también Carmelo de Echegaray, el Hermano Gárate, Teodoro Erenchun, Julián Elorza, Ignacio Pérez-Arregui y otros personajes menores.

Sin embargo, no solo será un paisaje físico recreado una y otra vez; hay detrás algo más importante: un paisaje humano e ideológico.

La religiosidad de Azpeitia fue sobresaliente. Esta cualidad se trasladó a la propia política. La villa siempre se inclinó por fuerzas políticas derechistas que tenían a la religión como uno de sus postulados. Alcaldes carlistas, integristas y conservadores pueblan los consistorios de fines del siglo XIX y principios del XX. Desde 1910 a 1933 los alcaldes fueron carlistas ininterrumpidamente. En 1933 la villa conoce el primer alcalde del PNV¹.

(1) AIZPURU MURUA, Mikel, *Antzinako Azpeititik Azpeiti berrira*, Azpeitia: Azpeitiko Udala, 2011, pp. 293-295.



El hostel Arteche, Azpeitia y San Ignacio, tres ejes para Arteche.

El distrito electoral de Azpeitia coincidía con el judicial del que la villa era la cabeza de partido. Durante la Restauración mandaba un diputado al Congreso. Azpeitia fue el venero de donde casi siempre salía elegido un diputado del Partido Integrista o Partido Católico Español, a veces el único de toda España. Políticos integristas como Ramón Nocedal, Juan Olazábal y especialmente Manuel Senante fueron diputados por Azpeitia desde 1890 a 1923.

Esta particularidad política de la villa se refleja en su propia familia. Los Arteche eran carlistas desde la primera guerra civil. El tatarabuelo de José y fundador del hostel, Roque Arteche, había sido capitán de una de las seis que Azpeitia levantó en defensa del pretendiente Carlos V. Curiosamente su mujer, la tartarabuela de José, Magdalena Garmendia, fue el único injerto liberal en aquella tan carlistona familia. Y, sin embargo, su hijo Ignacio, bisabuelo de José, ya abandonó el sueño de los pretendientes por el trono de Madrid, y se refugió en el Partido Integrista. Desde entonces la familia mamó la leche integrista desde sus primeros días. Era esta una ideología que desdeñaba la figura del rey carlista para entronizar a Cristo Rey. Esto es, instauraba

la religión católica en su versión más ultra en el centro de su ideario político. Este credo va a ser el mayoritario entre el clero guipuzcoano.

Por el lado materno, sus ancestros provenían del Goierri, del barrio de Santa Lucía o Anduaga en Ezkio. Su abuelo Juan Ignacio Aramburu fue alcalde de su pueblo y procurador de las últimas Juntas antes de la abolición, y parece haber tenido una ideología similar. José les otorgará a los Arámburu una personalidad más seria, más responsable que a los Arteches, más humoristas y despreocupados.

En definitiva, los padres de José, aunque con personalidades diferentes participarán del mismo caldo de cultivo religioso y político. En su casa los políticos integristas eran admirados y Juan Olazábal, el líder del partido, era leído devotamente a través de sus artículos en *La Constancia*.

Esta fue la doctrina que nutrió al niño Jostexo. Sin embargo, José, al igual que San Ignacio, también tuvo su “conversión” como ya hemos anotado. Así lo trata él mismo, como una especie de caída del caballo en su camino a Damasco. Ya lo he dicho antes y lo repito: la “conversión” va a ser un tema muy “artechiano”. Del poeta *Arno-Mendi*, en su caso, dirá: “vertió en mi corazón la semilla patriótica”².

Todos estos “signos” biográficos no eran episódicos para Arteches. Nada fue nunca casual para José, que entendió los hechos históricos personales como señales de la Providencia. Estas son fundamentales para entender su personalidad y también seguramente para comprender lo que quiso dar a entender sobre la figura de San Ignacio.

Otro de los aspectos que trasladó de su propia biografía a la del santo fue el aspecto de la orfandad. Arteches quedó huérfano con 20 años, pues su madre murió con 56 años. Él encontró esa figura protectora femenina en su novia Marichu, la que luego será su mujer y madre de sus ocho hijos. También Íñigo de Loyola perdió a su madre muy joven, antes que el propio Arteches, y siempre buscó a la madre ausente bien en su cuñada Magdalena bien en tantas mujeres que le protegieron o en su devoción por la Virgen de la Soledad, cuya imagen colgó de su cuello de por vida.

El retrato que hace de sí José, especialmente en *Canto a Marichu* es el de un niño solitario, sensible, observador, que retiene los detalles de su

(2) ARTECHE, José de, “Niños vascos”, *Euzkadi*, 17-4-1932.

alrededor. Un niño que quizás le costó ser adulto, ensimismado, mirando a las nubes desde lo alto de la lumbreira de la casa de Basazabal.

José se recrea con los recuerdos del niño que repartía sus monedas del día de su cumpleaños en el zaguán del colegio. Sus compañeros hacían el gesto de que estaba chalado poniendo el dedo en la sien, “y entonces me sentía irremediabilmente solo. Mis compañeros devastaban con sus burlas el mundo irreal intacto en mi interior. Yo continuaba siendo niño. Ellos habían dejado de serlo”³, relatará con su potente prosa.

José, como todos los niños de Azpeitia, es también un niño muy ligado a la iglesia parroquial, y aquellas experiencias infantiles le van a dejar un profundo poso en su memoria y en su personalidad. Misas, novenas, vísperas, procesiones, cantos, coros... van a nutrir su horizonte hasta su muerte. En su *Saint-Cyran* hace un apunte enormemente literario sobre las vísperas: “la función dominical vespertina contribuyó mucho al desarrollo de mi facultad ensoñadora”⁴. El ya maduro Arteche distingue la alegría de las misas y vísperas navideñas, de las rigurosas y larguísimas funciones de otros tiempos litúrgicos con un cénit en el estremecedor *Miserere* de la tarde de Viernes Santo. Aquella dureza y la de muchos de sus ministros le van a conducir a la reflexión sobre el carácter de la religión en los vascos.

La influencia de la Casa de Loiola en Azpeitia era fuerte. Una legión de niños de la villa entran como novicios en la Compañía de Jesús. También lo hace su íntimo amigo León Lopetegui, un par de años mayor que José. Uno de sus profesores manifestará alguna vez su extrañeza por que José no siguiera el mismo camino. Arteche no se cansará de expresar su admiración y sorpresa por el destino de la ilustre familia de los Ibero, aquellos azpeitiarras de lejano origen navarro que habían dado lustre al barroco del país en el siglo XVIII, agostando el apellido al entrar sus cinco varones en la Compañía, así como que todas sus hermanas presentaran también sus votos religiosos.

La correspondencia que mantiene con su amigo León nos da muestra del ambiente de religiosidad en que vivió Arteche. Aparte de sus efusiones deportivas, José le describe toda una serie de oficios, novenas, sermones, charlas religiosas... Es también abanderado de los Luises y acude a las excursiones que realizan, casi las únicas salidas que los chicos de aquel tiempo se permitían.

(3) ARTECHE, José de, *Canto a Marichu*, San Sebastián: Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, S. A., 1970, p. 42.

(4) ARTECHE, José de, *Saint-Cyran*, Zarauz: Auñamendi, Icharopena, 1958, p. 33.

Sin embargo, esta religiosidad tenía su lado siniestro y represor. Es un tema que será motivo de reflexión para José. El integrismo que había mamado le impulsaba a ser un rigorista, un ser obsesionado por la sombra del pecado y del infierno. Las efusiones sentimentales más nimias aparecían revestidas con tintes peligrosos. José recordará y reflexionará sobre el bofetón que le propinó su madre cuando con 18 años la besó. Esas emanaciones sentimentales no entraban en las coordenadas del integrismo vasco. Así ve la religiosidad de su madre, veinte años más tarde de su muerte:

“Era creyente hasta la médula. El pudor de los sentimientos característico de los vascos llegaba en ella a un grado insuperable. Yo no alcanzo a recordar durante mi vida ningún beso de mi madre; y no me avergüenzo de decirlo, pues, ahora, criamos a puro mimos hijos de alfeñique”⁵.

Por otro lado, Arteche sabía intelectualmente que esa religiosidad rigorista estaba alejada del propio mensaje evangélico. Desde joven, pero especialmente en la madurez José es consciente de esa contradicción que se opera en él. Su instinto y su crianza le piden rigor, mientras que su cabeza y su razón le impelen a una religiosidad menos ordenancista y más liberal.

3. San Ignacio y los jesuitas en sus artículos republicanos

Como hemos referido, Arteche fue un periodista abundoso en los periódicos nacionalistas *El Día* y *Euzkadi*. Su temática se centró mayormente en los aspectos religiosos, culturales, de política internacional y en el campo social. Son ejes o vectores que van a alumbrar sus artículos también durante el franquismo, aunque atemperados al perímetro que impuso la censura. En los años de la II República, la libertad de expresión fue amplia y el joven Artetxe, entonces con la grafía euskérica, escribe con verdadera ilusión y pasión.

Durante el primer bienio republicano también hace sus pinitos en la política más cercana con una efusión nacionalista efervescente. Esta militancia le lleva por dos años a la ejecutiva del PNV guipuzcoano. Traspasado 1933, su interés se vuelca más en sus ejes temáticos, con especial predilección por lo cultural y lo religioso. Además, participa en la creación de *Yakintza*, la revista cultura de Eusko Ikaskuntza de la que fue secretario. Igualmente, participa en AVASC e imparte cursos a los líderes sindicales católicos, mayormente a los “solis” de Solidaridad de Trabajadores Vascos.

(5) ARTECHE, José, *Caminando*, Zarauz: Icharopena, 1947, p. 167.

La postura de Arteche, que fue la de su jefe José Ariztimuño, *Aitzol* (1896-1936) y la de sus amigos fue la lucha, la hoy llamada batalla cultural, con las ideas marxistas o izquierdistas en general. Había que ganar a los obreros que se deslizaban en la propia Gipuzkoa hacia el socialismo, el comunismo y, en menor medida, hacia el anarcosindicalismo. Era una lucha a brazo partido, incluso, en su aspecto más literal. Arteche fue uno de los adalides de la crítica del marxismo ateo, con especial atención hacia la Unión Soviética.

La II República, ahora idealizada como un régimen inmaculadamente democrático, heredó el viejo anticlericalismo de las revoluciones liberales del siglo XIX. Ciertamente, este procedía a su vez del clericalismo hegemónico español. En este toma y daca, la Compañía de Jesús se convirtió en el epítome, seguramente injusto, del clericalismo. Las sucesivas expulsiones de 1767, 1820, 1835 y 1868 fueron los precedentes de la republicana de 1932. Todas, desde la temprana dieciochesca tras el motín de Esquilache (1766), respondieron a diversas revoluciones liberales. Tampoco olvidemos que el propio papa Clemente XIV la suprimió en 1773 y que no fue restaurada hasta 1814.

Así pues, la Constitución republicana de diciembre de 1931 cargó las tintas contra los jesuitas en su famoso artículo 26, que además de erosionar el poder eclesial en la educación, aprovechaba el famoso cuarto voto para suprimir la Compañía de Jesús:

“Quedan disueltas aquellas Órdenes religiosas que estatutariamente impongan, además de los tres votos canónicos, otro especial de obediencia a autoridad distinta de la legítima del Estado. Sus bienes serán nacionalizados y afectados a fines benéficos y docentes”.

La expulsión será sustanciada el 23 de enero 1932 y los jesuitas no podrán vivir en comunidad. El joven Artetxe de 26 años sale a la palestra a defenderlos en un artículo que lleva por título “La disolución de la Compañía de Jesús” y como subtítulo: “El dolor de un pueblo”⁶.

José califica la disposición de “sectaria” y recuerda a su fundador San Ignacio con los tintes nacionalistas de la época:

“A ese pueblo grande de donde surgió el hombre más grande todavía —símbolo de la vitalidad de la raza vasca— creador de la obra inmortal que hoy se ve escarnecida y perseguida, y que amando con delirio la obra del más grande sus hijos, ve hoy a la Compañía marcharse sin remedio”.

(6) ARTETXE, José de, “La disolución de la Compañía de Jesús”, *El Día*, 31-7-1932.

Artetxe vuelve inmediatamente sus ojos hacia Azpeitia y recuerda las obras de caridad que partían desde el santuario de Loiola, a aquellos niños menesterosos que acudían a la Casa con la marmita vacía y volvían a la suya llena de alimento:

“La caridad de los Padres Jesuitas atendía así, efectivamente, a diario, una año y otro año a los desheredados azpeitianos. Una caridad intrascendente, sublime en su emotiva sencillez que evitaba las preocupaciones más perentorias a tantas y tantas familias azpeitianas... Yo me acuerdo con dolor de estos niños...”.

En efecto, a lo largo del artículo se repite una y otra vez “el dolor” que siente Azpeitia a causa de tan injusta medida: “La obra de San Ignacio ha arraigado en mi pueblo como no lo haya hecho en ningún otro. La acendrada religiosidad de Azpeitia se traduce en su numerosa aportación a las vocaciones religiosas”. Y es que en muchas casas había tantos y tantos padres y novicios jesuitas, todos ellos condenados al exilio si querían ejercer como tales. Era un drama para la villa.

José se acuerda de su íntimo amigo León Lopetegui, al que debemos una pequeña reseña, pues no sé si tales eximios hombres de cultura tienen entre nosotros el reconocimiento que merecen.

León Lopetegui Otegui (1904-1981) fue historiador. Es sobrino del padre Otegui, también jesuita. Su campo de estudio fue la Misionología, especialmente la referida a los países iberoamericanos. Se doctoró en esta especialidad en la Gregoriana de Roma, en donde



José con León Lopetegui.

también fue profesor. Asimismo, lo fue en los colegios y universidades de jesuitas de Sant Cugat, Oña y Deusto. Fue un escritor y articulista feraz.

León fue confidente de Arteche durante casi medio siglo, desde 1924 hasta su muerte. Por esta época, tras estar residiendo varios años en Colombia, León parte para el exilio a Bélgica en 1932, en donde oficiará su primera misa.

Otro jesuita azpeitiarra amigo y también *penfriend* va a ser José Goenaga Alberdi. Filósofo y profesor jesuita guipuzcoano, nacido 1903 y tres años mayor que José. Doctor en Filosofía por la Facultad de Oña en 1926 y Licenciado en Teología por Marneffe (Bélgica) en 1933, desde 1944 desempeñó la cátedra de Ética en la Universidad Gregoriana de Roma. Fue colaborador de Radio Vaticano durante tres lustros y también profesor de Sociología Pastoral desde 1960; es también autor de varios e importantes libros.

Artetxe, un hombre siempre atento a la literatura y a la opinión pública francesa, recurre a un artículo del nacionalista Gustave Hervé que en su órgano *La Victoire* apunta como causante de la expulsión jesuítica a la francmasonería.

No todos pensaban como José. Isaac Abeytua desde *La Voz de Guipúzcoa* calificaba a los jesuitas de “asociación de malhechores”. En su artículo “La expulsión de los jesuitas”, Artetxe los vuelve a defender calificando la medida de “una sangrienta paradoja. Unos hombres beneméritos, expulsados y adjetivados inmundamente”.

Al margen de los artículos referentes a la defensa de la *Societas Iesu*, Artetxe aprovechaba las fechas cercanas al 31 de julio para salir a la palestra con algún artículo referente con la vida de San Ignacio. En el de 1931, con el título sabiniano de “Esa es la raza”⁷ describe la procesión desde Azpeitia a Loiola: “La procesión. Lluve. No importa. Filas interminables la forman. Compactas con el respeto ingénito de estas gentes. Devotas, sin afectación. Graves, con la gravedad del ‘euzkaldun’ que cumple varonil con sus convicciones íntimas”.

El de 1933 titula “Deun Iñaki y sus hijos, por el solar vasco”⁸, y califica su día como “la festividad del hijo de la raza”. Sabida es la admiración de Sabino Arana, un discípulo de los jesuitas de Orduña, por la figura de San Ignacio. El propio PNV nació en el día de San Ignacio de 1895. Durante

(7) ARTETXE, José de, “Esa es la raza”, *El Día*, 1-7-1931.

(8) ARTETXE, José de, “Deun Iñaki y sus hijos, por el solar vasco”, *Euzkadi*, 1-8-1933.

décadas la Marcha de San Ignacio fue una especie de himno oficioso del bizkaitarrismo y del nacionalismo vasco. Contrasta esta visión con la actual del nacionalismo radical que niega al santo azpeitiarra el pan y la sal, acusándole poco menos de que de ser un agente del expansionismo español, frente a su compañero San Francisco Javier, aureolado como patriota navarro. Usos y abusos de la historia.

En este artículo José se refiere al cuidado que puso el propio San Ignacio por la evangelización de las tierras vascas, al mandar a su discípulo, el padre Ochoa, “el gran apóstol de los vascos euskaldunes”, ante el requerimiento del obispo de Calahorra. También en el citado trabajo saca a colación el estudio del padre Malaxetxeberria SI, *La Compañía de Jesús por la instrucción del País Vasco en los siglos XVII y XVIII*, para referirse a aquel venero de misioneros, profesores, escritores, publicadores de revistas y libros y su entonces presente condición de “desterrados”.

En “Tal día como hoy... 31 de julio de 1556”, relata los momentos últimos de San Ignacio en Roma. “El odio anticatólico ya le aguarda”, pues ya asoman Saint-Cyran, Voltaire, D’Alambert y los enciclopedistas. También aparecen emboscados dirigentes europeos como “el bizco Aranda en España”. Artetxe reniega de la llamada moral acomodaticia de los jesuitas y los califica de “caballos ligeros de combate”. Curiosamente en su muerte, solos, las vidas de Loyola y de Artetxe se semejan.

Ciertamente su actitud y su prosa en la II República son combativas. Como hemos señalado, y en gran medida por mandato de sus compañeros nacionalistas, actúa como ariete contra los enemigos del catolicismo. Es esta una actitud que va cambiando en su madurez, al abandonar esta trinchera ideológica y transitar hacia otro tipo de catolicismo, más ecuménico, más abierto y empático.

Una buena muestra de este carácter de cruzado es su artículo “Lutero-Loyola. Dos hombres, dos obras”⁹. Se trata de un trabajo enormemente ideologizado en el que contrapone a estas dos figuras históricas, en buena parte contemporáneas.

Martín Lutero es visto como el compendio de todos los males, pues dio fuego al combustible amontonado por el neopaganismo medieval. Echa mano de su tan querida frenología y caracterología para cargar las tintas sobre el

(9) ARTETXE, José de, “Lutero-Loyola. Dos hombres, dos obras”, *El Día*, 31-7-1931.

fraile agustino: “con su facies anormal, de rasgos rotundos y talla incorrecta, ademanes de atleta, traspasa las lindes de lo enérgico y llega al borde de lo psiquiátrico”. Y sigue: “entona salmos con maneras de poseído”, propio de su “mente delirante”. Y abunda aún más: “grosero y brutal, inundará su país de escritos que rezuman por todos sus costados, insultos, amenazas y odio. Nada ni nadie la detiene. Incitará incluso a la matanza. Y en un infame escrito empujará a los príncipes a asesinar a las masas”. No fue muy clemente.

Tras noquear al personaje, prosigue con su obra “destructora”, centrándose en el libre examen de la Escritura:

“el libre examen va dejando en su avance los lógicos girones del error que lo concibió, ese libre examen que al lento compás de los siglos va a despeñar a Europa y al mundo por la sima sin fondo de la revolución filosófica, conducir a la humanidad al desfiladero traidor de la revolución política y embarrancarlo en las playas desoladas y hostiles de la revolución social”.

En mi libro *Recordando a José de Arteche (1906-1971)*¹⁰ he suscitado la hipótesis de que esta herencia del viejo catolicismo contra el libre examen quizás pesó toda su vida en su obra periodística como escritor católico, porque es sorprendente las pocas citas textuales de la *Biblia*, incluso del *Evangelio* o de la epístolas, que José refiere en sus artículos, contrastando con las citas textuales de apologetas o escritores católicos.

Tras trazar los rasgos demoniacos de Lutero, viene su *alter ego*: San Ignacio.

Es Loyola “un hombre que varía de rumbo y que por nuevos derroteros dirige su vida. Una voluntad hasta el heroísmo, a caballo de una imaginación que vuela sobre mil grandiosos proyectos”.

Se detiene en la reunión con sus compañeros en la iglesia de Montmartre: “Loyola ha imaginado luchar por la Iglesia en primera fila, fundar una milicia que ha de ser la tropa de choque, las avanzadas, soldados en descubierta que otean el camino, marinos al abordaje”.

Artetxe echa mano de su arsenal de metáforas inflamadas y prosigue: “El genio organizador de Ignacio funda la orden incondicional, un prodigio de organización, forjada por aquel hombre endeble, macilento, iluminado por el

(10) BERRIOCHOA AZCÁRATE, Pedro, *Recordando a José de Arteche (1906-1971)*, San Sebastián: Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, 2021.

resplendor divino del genio. Genio. Que otra cosa es la Compañía de Jesús sino la concepción grandiosa de un genio humano”.

Mayor apología es difícil. Cierra el artículo con su conclusión: “Frente a la mística mal dirigida de Lutero, la sobria piedad de Loyola, enfrente de los delirios psíquico-místicos de Martín, la reciedumbre espiritual de Ignacio”.

Como ya he apuntado, este carácter de caballero de la guerra ideológica es refrenado en su madurez. Para los años 40 los jesuitas están de vuelta y sus enemigos, en las catacumbas. Arteche abandona esta milicia contra todo lo anticatólico para transitar por las Conversaciones Católicas de San Sebastián (1947-1959) hacia el II Concilio Vaticano por sendas nuevas: el ecumenismo, el mayor papel del laicado, la importancia de las Escrituras, los derechos humanos, la libertad religiosa... y tantos otros senderos.

4. La biografía de San Ignacio: gestación y redacción

Como vemos por lo dicho hasta ahora, Arteche atesoraba mucha información sobre San Ignacio. Podemos decir que tenía como azpeitiarra el ánimo de emprender un marcaje estrecho sobre su paisano por excelencia. Igualmente, los artículos de prensa le habrían incitado a salir a campo abierto en defensa de la figura del santo y la obra de sus hijos jesuitas, tan perseguidos.

Y es que su admiración por Loyola le venía de lejos. Pongamos algunos ejemplos prerrepúblicanos.

Por carta a Lopetegui, en la que le da cuenta de los sanignacios de 1926, sabemos que José ha asistido a una velada en el santuario de Loiola sobre Sófocles. La invitación corre de la mano del padre Goenaga¹¹. En la siguiente carta le refiere la concentración de 7.000 luises vasconavarros en Loiola. Además le cuenta el paradero de ciertos padres y novicios de Azpeitia y le refiere: “No pierdo ocasión siempre que puedo, de adquirir cultura, estudiando, leyendo, etc.”¹².

En diciembre de 1926, José se presenta a unas oposiciones en la Diputación, en las que tiene un honroso puesto (el 10.^o) pero que no le da para obtener plaza. En esa visita a San Sebastián, acude al Círculo de los

(11) Carta a León Lopetegui, 9-8-1926.

(12) Carta a León Lopetegui, 11-10-1926.

Caballeros de San Ignacio y la Inmaculada que dirige el padre Otaño, y le cuenta a León pormenores sobre sus instalaciones y su biblioteca¹³.

En la primavera de 1927, tallan a José y se produce un gran incendio en el santuario. Arteche le trasmite su antiazcoitarrismo a León, señalándole la casi nula ayuda de los vecinos de la localidad vecina: “*Gure aite San Ignaziyok nayago dik erretzie, azkoitirra isatie baño*”¹⁴, le suelta en un alarde localista juvenil. Y es que según él, los de Azkoitia nada hacían a derechas.

Ya cumpliendo el servicio en Loiola, pero en su cuartel de San Sebastián, José acude a las conferencias del Círculo de San Ignacio. Asiste a las conferencias del capuchino padre Donosti y del jesuita Laburu. De nuevo le remite a León su atracción por su biblioteca, su cine y sus instalaciones¹⁵.

Todas estas ganas y este cúmulo de conocimientos sobre San Ignacio se atesoraron en forma de fichas durante esos años republicanos en los que José no tuvo tiempo para nada salvo para ser un hombre de acción, pero que parece cansado a la altura de 1935. Arteche se refugia en la introspección en el último año republicano como queda reflejado en su diario de preguerra.

Luego vino lo que vino: el golpe de estado militar y el comienzo de la guerra. Fueron meses caóticos aquellos del verano de 1936 en San Sebastián. Arteche con su mujer y sus tres hijos se refugian en Azpeitia, en casa de su suegra y abandonan su piso de la calle General Echagüe en San Sebastián. Recordemos que la mitad de la población abandonó la ciudad para cuando la ocuparon los requetés el 13 de septiembre. Azpeitia es ocupada el 20. Muchos de sus papeles debieron de quedar no se sabe dónde. Él es enrolado tras su mes de ocultamiento para noviembre, y comienza su interminable guerra.

Por *El Abrazo* y por su correspondencia con Marichu sabemos algo de aquellas fichas. Desde noviembre insta insistentemente a Marichu a que le guarde sus papeles y sus libros¹⁶. Una y otra vez le insiste en que cuide sus textos y que no preste sus libros. Desde Aretxabaleta le escribe:

“Veo que ha llegado un número de ‘La Vie Intellectuelle’. Prefiero que me lo guardes bien, para cuando vuelva, porque tengo la mochila llena de libros. ¡Pero a condición de que me lo guardes bien, eh! Porque tengo

(13) Carta a León Lopetegui, 29-12-1926.

(14) Carta a León Lopetegui, 9-4-1927.

(15) Carta a León Lopetegui, 29-2-1928.

(16) Cartas a Marichu, 16 y 19-11-1936.

mucha curiosidad por leerlo. (...) No te quepa la menor duda de que volveré a la paz familiar al final de estos sacrificios, porque siento realmente que Dios me conduce de su mano”¹⁷.

Arteche escribe casi a diario a Marichu. Son cartas domésticas en las que se interesa por la salud de sus ya cuatro hijos, pues ya ha nacido Agustín. Su preocupación es el disponer de la ropa necesaria. Tras la entrada en Bilbao, Arteche sale del Tercio para incorporarse al Ejército con el grado de sargento que tuvo en el servicio. Se va a ocupar de cuestiones administrativas y de gobernanza de su batallón, con visitas periódicas a su sede de Loiola, en San Sebastián.

El 31 de julio de 1937 visita en la ciudad a la que fue su patrona, y casi madre en su juventud: doña Elena Gamecho, que le hace entrega de un paquete depositado hace meses por Marichu en su casa: “mis fechas y cuartillas sobre San Ignacio. ¡Muchísimas gracias, paisano inmortal!”, señala José.

Apunta Arteche en *El Abrazo*:

“Ya había dado por perdido el fruto de dos años de trabajo, el comienzo de una biografía de San Ignacio de Loyola que iba escribiendo en mis ratos libres con todo mi entusiasmo. Desalquilamos el piso y pudimos trasladar los enseres al pueblo. Y los montones de fichas y los apuntes fruto de largos trabajos se extraviaron. Mandé revolverlo todo; durante mucho tiempo no cesé de recomendar que se revisara todo por si aquellos papeles aparecían. Inútil. Me costó mucho, pero al final me resigné”¹⁸.

Es el día de San Ignacio. Arteche, para el que nada era fruto de la casualidad, ve una premonición y hace la promesa de escribir su biografía tan pronto acabe la guerra. Cuando esta acabe se sentirá un salvado por la mano de su paisano.

Desde el frente de Castellón, en el verano de 1938, escribe a casa señalando que por nada del mundo se va a perder la novena de San Ignacio¹⁹. Por fin, finalizada la guerra puede volver a casa, pero un accidente de carretera le obliga a pasar por el hospital. Llega cojo, como el propio San Ignacio, a Azpetia a fines de mayo de 1939.

(17) Carta a Marichu, 9-3-1937.

(18) ARTECHE, José de, *El Abrazo de los Muertos*, Madrid: Espejo de Tinta, 2008, pp. 114-115.

(19) Carta a Marichu, 20-6-1938.

Es un hombre marcado por la guerra, como casi todos los de su generación. Sus memorias de guerra recogidas en *El Abrazo* son un grito en contra del odio que ha generado la guerra y una llamada a la reconciliación. Arteche entra de lleno en esa categoría hoy conocida como Tercera España, y que en nuestros días parece de nuevo arrumbada.

Vuelve a su trabajo en el banco en San Sebastián, pero por hacer economías se avecinda en Zarautz, villa conectada con la capital por tren. Son tiempos de silencio, de represión y de hambre. Sus antiguos órganos de prensa han sido clausurados. Se acabó el periodismo, se impone la introspección. José se vuelca en la biografía de San Ignacio. Ella da pie a otras tres: Elcano, Urdaneta y Legazpi. Escribe cuatro biografías en cuatro años. Además, ensaya otro género: el de relatos cortos de signo cultural a modo de estampas.

En estos años de silencio en Zarautz, Arteche está rodeado de jesuitas, aunque sea en forma de correspondencia. Hemos comentado su intimidad epistolar con su amigo León. Pero también están otros como Pedro Leturia²⁰, un eximio profesor e historiador de Zumárraga, injustamente olvidado, incluso entre personas cultas. Leturia fue muy generoso: le guió en su redacción, le prologó, le animó constantemente y una vez terminado el libro, se lo mandó con notas críticas, página a página, para una segunda edición. Y, sin embargo, es desconocido incluso, lo he comprobado, en círculos muy cercanos a la cultura local del Alto Urola.

Pedro de Leturia Mendía (1891-1955) ingresó como novicio en la Compañía con 15 años. Estudió Filosofía y Teología en Oña, formándose en Valkenburg (Holanda). Se doctoró en Múnich, y, posteriormente, enseñó en Oña, y más tarde en la Gregoriana de



Pedro de Leturia.

(20) ARTECHE, José de, "Pedro de Leturia, el historiador sereno", *La Voz de España*, 7-5-1955.

cuya Facultad de Historia de la Iglesia fue decano (1932-1954) hasta casi su muerte. Su obra es inmensa en forma de libros y artículos. Su currículum cubre páginas y páginas. Dirigió la serie *Monumenta Historia Societas Iesu* (1932-1947) y en ella publicó ediciones críticas de documentos sobre San Ignacio. La vida y la obra del santo, junto a los procesos de emancipación hispanoamericanos fueron sus dos principales líneas de trabajo. Fue miembro de la Real Academia de la Historia y de las academias de varios países hispanoamericanos²¹.

Pero hay más jesuitas que aparecen en la correspondencia de José. Otro *azpeitiarra* que le va a ayudar va a ser Joaquín Iriarte, profesor de Oña y hermano de otra eminencia jesuítica, el padre Isidro Iriarte. Asimismo, tiene también sus seguidores entre los jesuitas en América, así Jorge Aguirre o Roque Iriarte. Aparecen jesuitas debajo de las piedras. Su tránsito es envidiable en una España quieta, quietísima. Ahora están en Roma, después en Deusto, más tarde en Oña o Javier, luego en sus labores como predicadores, directores de Ejercicios... Creo que Arteché debió de sentir cierta envidia por su amigo León, siempre de la ceca a la meca, mientras que su único viaje era el Zarautz-San Sebastián, y vuelta, en un tren decrepito con goteras.

Más jesuitas en Loiola, en torno al padre Conrado Pérez, se nos presentan en su biblioteca y le ayudarán en el aspecto bibliográfico. Otro jesuita que le echará una mano para la segunda edición de su San Ignacio será el bergarés Victoriano Larrañaga (1892-1974), junto a Leturia, el máximo experto ignaciano para Arteché. Larrañaga, doctor en Ciencias Bíblicas, introdujo y comentó las *Obras Completas de San Ignacio de Loyola* (1947) y es autor del libro *San Ignacio de Loyola. Estudios sobre su vida, sus obras, su espiritualidad* (1956).

Igualmente, ya lo señalamos, Arteché conocía desde hace tiempo el Círculo San Ignacio, donde es introducido tras la guerra por su amigo Luis M.^a Lojendio. Entonces era una institución religioso-cultural de los jesuitas donostiarras bajo la dirección del padre Cándido Gordoá.

Tampoco el lector puede hacerse con esto a la idea de que Arteché fuera un hombre monopolizado por los jesuitas. No es verdad. Estuvo también enormemente ligado a los franciscanos, especialmente a Aránzazu, y también a los capuchinos. Por no hablar de los benedictinos de Belloc o de Leire, en donde ingresó su amigo Lojendio. Fue un hombre que seguramente tuvo más querencia hacia el clero regular que hacia el secular.

(21) REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA: Ficha de Pedro de Leturia.

Apenas ha acabado la guerra y Arteche, todavía movilizado, le escribe a León:

“Quiero —forma imperativa— quiero, que me mandes una bibliografía acerca de las “constituciones”, o si te es igual una suma de datos extractados, pues sobre ello apenas tiene información. (...) Voy trabajando el asunto en mis escapadas y algo me va saliendo y quiero entrar de lleno, en cuanto llegue a casa definitivamente”²².

Ya en Azpeitia, en 1939, le transmite a León aspectos muy personales sobre su relación con San Ignacio. Hay una promesa de guerra: “Yo no moriré en la guerra... Terminaré la biografía de San Ignacio”, y, además, un propósito fundamental: biografiar al santo desde un punto de vista humano, frente a esas visiones negras y oscuras sobre su figura.

“mi objeto es hacer una cosa como de trescientas páginas y no te asustes si te digo que he comenzado ya a bajar la cuesta de mi esfuerzo. Acaso un azpeitiano puede poner una emoción nueva en un relato ignaciano; nosotros que desde niños nos hemos familiarizado con él, podemos quizás descubrir sus muchos aspectos amables cuidadosamente ocultos por los detractores al estilo Eugenio Sue empeñados en pintarle “negro”, siempre hosco y desapacible. Aparte, se trata de cumplir una promesa hecha en días muy amargos para mí. Añade a todo esto que la guerra me ha enseñado a escribir; así, la verdad sea dicha”²³.

Además, le pide la bibliografía en italiano que pueda conseguir, pues León está en Roma.

Cinco meses más tarde, lo grueso del trabajo estaba finiquitado. Nos podemos imaginar cómo pasó aquel verano de 1939. “Mi trabajo lo terminé definitivamente. Estoy bastante contento, habida cuenta de su dificultad y creo que he hecho algo. A última hora he trabajado como un bárbaro”²⁴, le cuenta al paciente León.

Y, sin embargo, el libro no salió hasta casi dos años más tarde, en el verano de 1941. Hubo dos problemas: el de la editorial y el de la censura.

La biografía fue monitorizada por el padre Pedro Leturia, al que Arteche consideraba “la más alta autoridad en asuntos ignacianos” y lo leyó mucho

(22) Carta a León Lopetegui, 6-4-1939.

(23) Carta a León Lopetegui, 18-6-1939.

(24) Carta a León Lopetegui, 15-11-1939.

antes de ser publicado²⁵: “ha leído V. mucho a su paisano y sabido expresar con virilidad, colorido, amor acierto muchas y excelentes cosas del santo”, le dice Leturia desde su retiro veraniego en Oña. Le corrigió ciertos detalles, y enfatizó el hecho de que fuera una biografía realizada por un laico:

“Creo que a infinidad de seglares y a muchos que no lo son les interesará sobremanera su producción, y les hará bien en el alma y en su propia cultura. Yo creo el libro digno de que se publique, y aun de que se haga un esfuerzo para publicarlo dentro del año 1940-1941, que es el del Centenario de la publicación de la Compañía”²⁶.

Le puso dos reparos: la estructura del libro se basaba en la obra del padre Paul Dudon, que se iba a traducir al castellano, y el capítulo de los Ejercicios era el más endeble: “creo que se le nota no ha vivido V. el conjunto de los Ejercicios”. Sin embargo, lo consideraba un aspecto menor al ser el biógrafo un laico.

Hago un pequeño excursus para que transmita al lector mi extrañeza y también la de sus amigos jesuitas por el hecho de que Arteché no se sometiera a los Ejercicios de San Ignacio. Ya en 1940, su amigo León desde la Gregoriana²⁷ le impulsaba a pasar por los Ejercicios y, sin embargo, los eludió. Puestos a la confidencia con el lector, actitud muy artechiana, le preguntaría también por las razones de que el propio José no ingresara en la Compañía. Vista la correspondencia de los años 40, creo que debió de sentir una viva atracción.

Volvamos al relato. Leturia le propone publicarlo en Fax, la editorial de los jesuitas en España, y para ello manda su recomendación al padre Valle, responsable tanto de la editorial como de la revista *Razón y Fe*. En la carta de recomendación se dice:

“Aunque no dé (ni como posible) todos los aspectos de tan ingente figura, ni entre en varios puntos de importancia, ni acierte con la expresión certera de algunos puntos delicados unidos con la Teología y el Derecho Canónico, creo que la obra es bien digna que se publique, y que por su sinceridad, fuerza de estilo, datos nuevos para lectores españoles y subido color psicológico y literario, se leería bastante entre seglares, dándoles

(25) Carta del Padre Leturia, 20-8-1939.

(26) Carta del Padre Leturia, 14-9-1939.

(27) Carta de León Lopetegui, 2-12-1940.

a conocer el verdadero S. Ignacio en muchas facetas que se ignoran o malparan”.

Pero el libro choca con un riesgo de la época: Fax no tiene papel. Eran tiempos de penuria en todos los aspectos. De ahí que vaya a ser publicado por la Editorial Herder de Barcelona. En esos meses, Arteché incorpora algunas de las indicaciones hechas por Leturia. Este le felicita ya por la próxima aparición del libro y le aplaude:

“S. Ignacio visto por un seglar revela ciertas facetas que escapan fácilmente al sacerdote y al religioso. (...) Hermanar ese cariño con las ideas ecuménicas de Loyola. Penetrar en el tierno corazón del hombre y del santo al examinar su genio organizador. No desviarse del intento reconstitutivo y psicológico ni por la infinidad de fuentes informativas ni por las torsiones perturbadoras de la polémica. Concebir el tema elevándose por encima del prosaísmo del ambiente y ejecutarlo entre los múltiples y sagrados deberes de la ‘contabilidad’ y de la educación de los hijos. He ahí valores que no se encuentran todos los días ni a la vuelta de cada esquina”²⁸.

Un problema no menor fue el de la censura, pero me refiero, increíblemente, a la censura eclesiástica. Arteché, obsesivamente escrupuloso, gustaba de obtener además del visto bueno civil de la dura censura franquista, el *nihil obstat* de la censura eclesiástica. Y en este caso, el trámite estaba todavía más justificado por tratarse de una biografía sobre un religioso. Arteché, quizás, pensase que fuera un trámite. Era un ingenuo, como muchas veces se llamó a sí mismo: un censor debe criticar pues para eso está, si no, cómo justificar su trabajo.

La Secretaría de Cámara del Obispado de Vitoria da cuenta del informe²⁹ del censor. Este comienza por meterse con el estilo (“un castellano muy poco cumplido”). Y en cuanto al contenido le hace dos observaciones:

1. Que ligue la afición de San Ignacio por la buena mesa con el sentimiento religioso.
2. Una comparación con San Francisco de Asís le parece poco respetuosa.

Un resorte salta en el interior de Arteché: “mis antecedentes”, y así se lo hace saber a Leonardo Urteaga, un sacerdote e historiador de Ordizia con

(28) Carta de Leturia, 7-5-1941.

(29) Informe de 4-7-1941.

el que tenía cierta amistad. Arteche le pide empatía: “¿Cree V. que quien ha andado treinta y dos meses por todos los frentes de España, dejándose como en mi caso cuatro hijos en casa, no tiene derecho a un poco más de comprensión y buena voluntad?”. No desea saber el nombre del censor, pero añade su estado de ánimo: “No quiero que en la gestión que le encomiendo vea el rencor más mínimo. Soy hombre que ha sufrido mucho estos pasados años y solo quiere vivir en paz con el fruto de su trabajo. Y para qué voy a decirle que el dictamen del Obispado, me ha hecho verdadero daño en el alma”³⁰.

Urteaga le tranquiliza, hasta cierto punto. Le trata de tú, con cierto cariño. “En ausencia mía se dio al Sr. Censor la obra. De haber estado yo aquí, no ocurre nada”, sostiene con autoridad. Tuvo una conversación con él y le hizo saber “que ha hollado un campo que no es el nuestro...el del gusto literario y el castellano”. En el libro no había reprochable “nada desde el punto de vista de la teología”. “Te puedo asegurar que el Sr. Censor no te conoce para nada ni sospecha de tus antecedentes. Es su manera de ser, volcada en la censura. Nada más”, añade. Los censores, a lo suyo, le da a entender. Urteaga que hizo también sus pinitos literarios con su *Guía sentimental del Bidasoa*, le dijo que leería el libro, le mandaría otra nueva censura y le deseaba éxito. Es decir, una nueva censura benevolente antes de leer el libro. Así se las han gastado los censores de todos los tiempos: censurar antes que leer.

Dudo que Arteche, tan puntilloso de su prosa, quedara satisfecho pues, aunque quedaba eximido de los pecados teológicos, su “castellano muy poco cumplido” quedaba en entredicho³¹.

Dejo para el lector los juicios sobre el libro. Creo que su mejor acierto es el haber establecido un contexto de la niñez y juventud del santo. Por eso, quizás, su comienzo es el aporte más sobresaliente a la biografía del menor de los Loyola. Otros aspectos interesantes son las investigaciones sobre las rutas de San Ignacio, bien la que le trajo en 1521 herido desde Pamplona, bien la que siguió desde París atravesando toda Gipuzkoa con el mandato de su médico para recuperarse mental y espiritualmente en su tierra de origen.

Otro aspecto que introduce en la biografía es el concepto tan caro a Arteche de la caracterología, en este caso del guipuzcoano, “hombre reflexivo, flexible, diplomático” frente a “el duro, el hombre de las energías

(30) Carta de Arteche a Urteaga, 15-7-1941.

(31) Archivo Diocesano de Vitoria, caja 4667.

acumuladas” del vizcaíno³². Esta diferenciación le valió una pequeña reprimenda de Luis Villasante que, a la vez que le indicaba el paso de Artia en Oñati, le llamaba la atención por esa diferenciación: “¿No le parece que todo lo que pueda llevar a distanciarnos o discreparnos, puede ser dañoso y perjudicial?”³³.

Otros aspectos que él mismo recalcó como originales fueron la importancia de la orfandad del santo, su humor o la forma de su cabeza.

El humorismo va a ser una cualidad remarcada tanto en su biografía como en otros artículos y escritos. Se trataba de poner en valor ese toque irónico y socarrón que les atribuía a los azpeitianos. Asimismo, de contrarrestar la visión negra del fundador y de la *Societas Iesu*.

El aspecto físico de San Ignacio fue otro elemento que le obsesionó. La frenología fue una disciplina muy utilizada en su tiempo, aunque quizás más antes que en el suyo. Caro Baroja también tenía cierta tendencia a ella. Según esta disciplina, hoy desprestigiada, la forma de la cabeza y de la cara otorga una suerte de rasgos a la personalidad. Según Arteche, los pintores no habían hecho justicia a la voluminosa calavera de Ignacio: ninguno había reflejado su íntima personalidad. Un cuadro que le disgustó fue el retrato de Elías Salaverría, que hoy cuelga en la capilla de San Ignacio, dentro de la Diputación Foral de Gipuzkoa y que lo interpretó en esa clave negra del santo. Para él, el que mejor lo supo captar fue el pintor bergarés Simón Arrieta, uno de sus líricos personajes de artículos y estampas. Nos dice Arteche: “porque el verdadero nombre de las personas está en su retrato. El retrato de un hombre muchas veces constituye su biografía sucinta”³⁴.

El libro tuvo buena acogida y se vendió bien. Incluso fue utilizado como libro de texto en ciertos colegios de jesuitas.

En 1945, cuatro años más tarde de su primera edición, Arteche retomó el trabajo de revisarlo y rehacerlo para una segunda edición corregida y aumentada que va a ser editada en 1947 por Mensajero, la editorial bilbaína de la Compañía de Jesús. Para ello atesoraba las prolijas notas del padre Leturia. Además contó con la traducción del alemán del diario del capitán suizo

(32) ARTECHE, José de, *San Ignacio de Loyola, José de Arteche, un hombre de paz*, San Sebastián: RSBAP, 2006, p. 484.

(33) Carta de Luis Villasante, 8-5-1948.

(34) ARTECHE, José de, *Rectificaciones y añadidos*, Bilbao: Vardulia, 1965, p. 26.

Fussly, compañero en su viaje a Tierra Santa, que le fue traducido en Oña³⁵. De nuevo, los jesuitas. Se entrevistó también con la autoridad ignaciana que era Victoriano Larrañaga... Procuró limar también aquellas consideraciones azpeitianas que Arteche extrapola a San Ignacio y que León le corregía. El 25 de enero de 1946 dice tener para tres meses, lo hace en dos. Se lo da a leer a sus íntimos: Fausto Arocena, Manuel Lekuona, Victoriano Larrañaga... Arocena y Lekuona discuten sobre el itinerario seguido desde París en 1534. El segundo lo quiere hacer pasar por Oiartzun, su pueblo natal. Más muestras del formidable localismo guipuzcoano. Lo lee también el bueno de León, al que le ha pedido que haga también de censor. Por fin, sale para verano de 1947.

5. Luego de la biografía

Arteche comienza en 1947 sus colaboraciones en el diario *La Voz de España*. Estas van a continuar hasta 1968. Además, siembra de artículos otros diarios y revistas del país. Bastantes de ellos, y siempre reservando un hueco en torno a su festividad, tienen al santo de Azpeitia como eje.

Su entrada en la Diputación como auxiliar del archivo y de la biblioteca es celebrada con una promesa a San Francisco Javier, santo por el que sintió mucha devoción su madre, a la que dedica el libro, y que él proseguirá.

De nuevo, un ejército de jesuitas le proporciona bibliografía y le ayuda en su redacción. El prólogo del libro corre a cargo de León, y este le remite al padre Inchaurrendieta, natural de Lezo y con mucho poder en la Loiola de entonces. Asimismo, el jesuita José Luis Azpiazu desde Javier le manda más bibliografía y le señala otros jesuitas que pueden contribuir a su empeño: Francisco Cortabitarte en Durango, Luis Labaca y Francisco Sarobe en Javier o el baztanés Guillermo Ubillos en Tudela.

San Francisco Javier³⁶ fue publicado en 1951. El jesuita Cándido Gordoia le alababa porque se veía “fluir una vida”; “se trasparenta una vida y no una historia”, decía. Asimismo apuntaba a la “fiel interpretación de tu Javier” y a “la limpieza de mirada y la sinceridad”.

(35) Cartas de Arteche a León Lopetegui, 24-10-1945, 25-1-1946, 20-2-46, 8-4-1946.

(36) ARTECHE, José de, *San Francisco Javier*, Zaragoza: Hechos y dichos, 1951.

La biografía optó al premio por el IV centenario de la muerte del santo en 1952. Lo ganó y fue premiado con 5.000 pts.³⁷ Se publicaron 5.000 ejemplares, parece que se vendió bastante bien y fue acogida favorablemente. En diciembre de 1952 León le contaba que había sido leída en el refectorio y bien recibida; “y eso que se trata de un público exigente”³⁸. Fue traducido al portugués en los años 60 junto con su *San Ignacio de Loyola*³⁹.

Su *Vida de Jesús*⁴⁰(1955) fue también alabada por León. Según su opinión, estaba “limpiamente redactado e íntimamente sentido, sin alardes de exhibicionismo erudito o devoto”⁴¹. Solamente le achacaba la ausencia de un marco histórico adecuado. No debemos olvidar que León era historiador.

Desde su *San Francisco Javier* y su asentamiento en San Sebastián, se nota una menor presencia de los jesuitas en la vida de Arteché. Por supuesto, no quiere decir que se alejara de ellos, pero Arteché, que trabaja en la propia biblioteca, depende menos de ellos y de sus bibliografías. Igualmente, los temas de sus libros son otros, diferentes de los ámbitos de la Compañía, y podríamos decir que José vuela ya solo. Ahora bien, sus hijos pequeños irán al colegio de los Jesuitas en Ategorrieta e incluso, cuando se cree el primer núcleo de la Universidad de Deusto en San Sebastián, los EUTG, le será ofrecido un puesto como profesor. Arteché pensó que ser profesor de universidad le venía demasiado grande a un hombre que no había terminado el bachillerato, y declinó.

En 1965, en su libro *Rectificaciones y añadidos*⁴², recoge todos los enfoques nuevos que ha ido desgranando en *La Voz* y en otros medios, y vuelve a situar la biografía del San Ignacio bajo otras consideraciones, esperando una nueva y tercera biografía que fue impedida por su muerte.

(37) Carta del Ministerio de Educación Nacional, 19-9-1952.

(38) Carta de León Lopetegui, 18-12-1952.

(39) Cobró 7.500 pts. por su *San Francisco Javier*, traducido por Eduardo Pinheiro y editado por Porto Editora. Tuvo sus problemas con la editora Hechos y Dichos, que el había editado en castellano, y que también buscaba su tajada.

Le faltaban por cobrar cerca de 3.500 pts., pero le dice al padre Arin, otro jesuita: “Soy más pobre que una rata, pero te autorizo a que de mi parte hagas dejación de esa cantidad”.

Carta de Porto Editora, 12-1-1960.

(40) ARTECHE, José de, *Vida de Jesús*, Zarauz: Icharopena, 1955.

(41) Carta de León Lopetegui, 23-10-1955.

(42) ARTECHE, José de, *Rectificaciones y añadidos...*, pp. 37-92.

En este libro, José sabedor de su edad, acercándose a la sesentena, y, quizás, de su no muy buena salud, recoge nuevos elementos de sus biografías y también de *¡Portar bien!*... para completarlas, corregirlas o aumentarlas. De las 180 páginas del texto, más de cincuenta se las lleva la figura de San Ignacio.

No son añadidos esenciales. Muchas veces son reflexiones sobre derivadas de la vida del santo o sobre personajes paralelos. Así nos aparecen el doctor Marañón, Jorge de Oteiza, Juan Luis Vives, Esteban de Zuasti... También nos revela temas nuevos como la manera en que el cine ha tratado al santo, las luchas de bandos y su importancia en asuntos tangenciales al santo, los caminos que recorrió por Gipuzkoa...

De particular interés es la respuesta a Oteiza tras su exitoso *Quousque tandem!* Oteiza rebaja la vasquidad de San Ignacio y le llega a acusar de no ser un santo vasco. Una música que sigue sonando en los círculos de la llamada izquierda abertzale. Oteiza, maestro en comparaciones extemporáneas, opone el santo a otro, Miguel Garicoits, que sería 100 % vasco, mientras que Loyola no pasaría de ser un santo "castellano". Arteché, cómo no, defiende con uñas y dientes y datos positivos, la vasquidad del benjamín de la Casa de Loyola.

En su respuesta "apasionada" a Oteiza, surge un nombre, el del gran biógrafo Stefan Zweig, que fue una bestia negra para Arteché. Algún crítico ha visto sus biografías bajo el prisma de sus semejanzas con las del escritor vienés. En efecto, su carácter psicológico, el otorgar a ciertos momentos de la vida del personaje un valor permanente, el establecer una unicidad de la vida del biografiado... parece que son deudores de la obra del gran escritor austriaco. Sin embargo, sabido es que uno de los acicates para emprender la biografía de Elcano fue el ninguneo de Zweig en su *Magallanes*. Aquí, Arteché se vuelve a revolver contra el vienés al que acusa nada menos que de "maestro en mala fe". No se andaba con chiquitas. Todo por comparar a San Ignacio con Dostoevski y coincidir con Oteiza en la "anormalidad psíquica" del santo. Arteché acusa a su amigo del alma Oteiza, que alguna le vez le confió su deseo juvenil de ser jesuita, de no tener ni idea sobre Loyola. "No te dejes llevar de los impulsos adivinatorios de lo que imaginamos intuición", le espetará⁴³.

(43) *Op. cit.*, p. 90.

Aspecto de interés es también la imagen que da sobre la cercanía que tuvo San Ignacio hacia los “cristianos nuevos”, hacia aquellos conversos judíos del XVI. Loyola, que a la postre fue una víctima temprana de la Inquisición, abrirá su orden hacia ellos, todavía tan perseguidos en la España de la época. La visita que el todavía estudiante Loyola le hizo a Juan Luis Vives en Brujas, le sirve para retratar al sabio valenciano, judío por los cuatro costados, y su “heroico” catolicismo.

Otro aspecto relevante es la comparación que hace del santo con Lutero y que refleja la evolución de Arteche desde aquel cruzado católico de los años republicanos al más ecuménico y liberal de los años 60. Habían pasado más treinta años y muchas cosas.

Arteche hace autocrítica de aquellos tiempos en que se pintaba a Lutero como al demonio y entona un *mea culpa*: “yo mismo temo haber empleado en mi biografía de San Ignacio a propósito de Lutero adjetivos demasiado fáciles”⁴⁴. Y era verdad, lo vimos en aquel artículo tan cerril de 1931. No olvidemos que está escribiendo bajo el impulso del Concilio Vaticano II, que acogió alborozado, en gran parte por la admiración que le produjo Juan XXIII.

Arteche se da cuenta de que la Contrarreforma ha sido cancelada. Se impone el diálogo y el ecumenismo con las otras iglesias cristianas e, incluso, con otras religiones. En esta nueva tesitura se pregunta: “¿Qué haría San Ignacio en nuestras actuales circunstancias?”.

La propia figura de Lutero le da pie a nuevas consideraciones, al calor de las lecturas de dos clérigos católicos alemanes: Friedrich Richter y Josep Lortz. El reformador agustino aparece como un hombre de honda religiosidad y con fuerte espíritu de oración y como una figura mucho más cercana de la que el catolicismo popular había dibujado. De todas formas, Arteche, al calor de estos escritos alemanes, sigue contraponiendo el “espíritu universal” de Loyola con la conciencia nacionalista alemana de Lutero.

Al margen de la biografía de San Ignacio, las relaciones de Arteche con los jesuitas tuvieron también algún encontronazo.

El acercamiento a la realidad de León y de José era muy diferente. José era periodista, más intuitivo, más analogista; era un pelotari hábil en el bote pronto. León era más historiador, más positivista, necesitaba muchos datos

(44) *Op. cit.*, p. 77.

para dar por sentado un aserto; era un pelotari que trabajaba mucho el tanto. Estos dos estilos chocaron a veces.

Arteche fue, ya lo hemos mencionado, muy dado a establecer categorías estereotipadas, a la caracterología, según sus palabras. No voy a negar el valor que pueda tener este análisis, pero a veces se puede caer en un estereotipo facilón alejado de la realidad. León, como buen historiador, se resistía a estos retratos expresionistas.

Un buen ejemplo de lo que digo lo podemos encontrar en la biografía de Lope de Aguirre. Arteche le daba a leer sus textos antes de ser publicados, y recibía de León sus correcciones o sus críticas.

Un punto delicado era que el viejo Lope era guipuzcoano, *oñatiarra*, aunque por entonces el condado no formaba parte aún de la provincia. ¿Cómo tratar “la vida del guipuzcoano de más negra fama de todos los tiempos”⁴⁵? Sobre todo, ¿cómo tratar su origen *oñatiarra*? Siempre tuvo algún lío con algunos de Oñati a propósito del libro y los hubiera tenido más si no hubiese sido corregido por sus amigos.

En efecto, León Lopetegui le corrigió y le dio unos consejos muy razonables. Le criticaba por su ánimo por generalizar: “Da algo la sensación de un esquema en el que a toda costa hay que meter a todo un pueblo (...) me parece peligrosísimo que te metas en eso”, le dice. “Además me parece que estos juicios nada laudatorios se dicen en forma dura, y en esas ocasiones es cuando hay que matizar las cosas. Te aconsejaría tratar lo más brevemente lo de los *oñatiarras* y sin amargura”, añade.

Y Lopetegui sigue con su tirón de orejas:

“Es mucho más fácil trazar ciertos rasgos, o ciertos caracteres con trazos muy decididos y de relieve, pero es muy difícil que esa sea la realidad histórica. Y por eso hay que usar de moderación y de matices a todas horas, y especialmente cuando se trata de algo colectivo”.

“Me alegraría de que revisaras algo o mucho en los temas que te indico”⁴⁶, le aconseja. No paran aquí las correcciones, porque también se lo pasa al padre Gordoá, el del Círculo de San Ignacio en San Sebastián. “He

(45) ARTECHE, José de, *Lope de Aguirre, traidor*, San Sebastián: Caja de Ahorros Provincial, 1974, p. 13.

(46) Carta de León Lopetegui, 12-8-1948.

suprimido lo del “aislamiento” y añadido algunos aspectos gratos al *oñatiarra*. Veremos si ahora pasa sin mayor escándalo⁴⁷, señala José algo resignado.

Otro encontronazo con Lopetegui lo tiene a propósito de un artículo periodístico, titulado “Frivolidad culpable”⁴⁸. Se trata de una crítica al estudio de un joven jesuita de la Universidad de Deusto que firma como J. Es un artículo sobre un asunto sociológico y un análisis de las clases baja y media de aquel tiempo. A Arteché no le gustó y lo juzgó despectivamente, y, ciertamente, pocas veces lo hacía de esa forma.

Es presumible que J fuera un alumno del propio León, pues este salta a degüello. Le tira de las orejas por su impulsividad, que no se informara mejor, que no esperara hasta el siguiente número: “de ninguna manera convenía llevarlo a un periódico de gran circulación antes de saber lo que había pasado”. León, gremialista, apunta: “y para que tengan muchos católicos un argumento que lanzar contra nuestra corporación”. Y prosigue: “¿No te parece que demasiado nos calumnian y combaten los enemigos de la Iglesia, para que sus amigos añadan su piedrezuela, aunque sea con la mejor intención?”⁴⁹.

El rapapolvo sigue en la carta de dos semanas más tarde. Le recrimina sus “gritos”. Apunta de dónde procedía el artículo de J: “la revista te la envió un antiguo alumno indignado. Mejor hubiera hecho él también en pedir explicaciones donde debía y sabía”.

León prosigue con sus mandobles a derecha e izquierda: “En cuanto a la obligación de advertirnos, bien está y te lo agradecemos, pero no en forma de escándalo público en un periódico y sacando las cosas de quicio, sino de otros mil modos”

Le achaca, además, que considere la dialéctica escolástica como “juego” y no una forma de llegar a la verdad, para darle un *crochet* que dejaría KO a cualquiera. León le muestra una superioridad hiriente:

“Pero creo de deber advertirte, que esas cosas eclesiásticas, o lo que rozan con ellas, son muy complicadas frecuentemente, y que se necesita una cantidad de conocimientos y de práctica histórico-canónica-dogmática, que fácilmente faltan en los no dedicados a ellas, y que aun con la mejor

(47) Carta de León Lopetegui, 14-8-1948.

(48) ARTECHE, José de, “Frivolidad culpable”, *La Voz de España*, 20-10-1953.

(49) Carta de León Lopetegui, 9-11-1953.

voluntad, como no dudo es la tuya, pueden desviar las cosas y presentarlas de un modo falso o por lo menos tangente con la falsedad”⁵⁰.

José debió de pensar que para tener estos amigos, son mucho mejores los enemigos. Debió de quedar enormemente dolido. La correspondencia se rompe.

Al año León aprovecha las navidades para romper el fuego: “Aprovecho la buena ocasión de las navidades para romper nuestro silencio de algunos meses”⁵¹. “Algunos meses” se han convertido en un año largo. Al día siguiente, fallece la única hermana de León, muy amiga de Marichu. José hace las paces con su condolencia y acusa recibo de la felicitación navideña: “La noche del 24, antes de cenar, rezamos devotamente el Rosario en familia por el eterno descanso de tu hermana”⁵².

Una crítica velada, o no tanto, de Arteché a los jesuitas se encuentra en la que para mí es su biografía más interesante, la de *Saint-Cyran*⁵³. El título viene seguido de un añadido: *de caracterología vasca*. El contenido del libro se centra en la vida de este clérigo bayonés, amigo de Jansenio y principal impulsor del jansenismo en Francia. A través del libro vemos la lucha que mantiene con los jesuitas. Estos, triunfadores, son ganados por el meollo de su doctrina jansenista. Los jesuitas, a los que Arteché les asignaba la responsabilidad de ser los verdaderos adalides religiosos de la Vasconia contemporánea, habrían introducido ciertos valores del rigorismo jansenista, especialmente los tocantes al subrayado temor a Dios, la timidez o el integrista superlativo en el campo sexual.

Como he señalado anteriormente, entramos aquí en el núcleo de la contradicción artechiana, muchas veces apuntada por él mismo. Por un lado su razón que lo llevaba hacia un cristianismo más abierto y liberal, por otro, sus entrañas que le dictaban aquel rigorismo moral integrista que había recibido en la niñez. José llega a hablar de “terrorismo religioso” y a pensar que un buen día el propio valle de Iraurgi podría rebelarse con una postura anticlerical. Quizás fuera hasta profeta.

(50) Carta de León Lopetegui, 28-11-1953.

(51) Carta de León Lopetegui, 27-12-1954

(52) Carta de Arteché a León Lopetegui, 27-12-1954.

(53) ARTECHE, José de, *Saint-Cyran (De caracterología vasca)*, Zarauz: Icharopena, 1958.

José era un gran amante del *txistu* y de los *txistularis*. Tiene muchos artículos y estampas de reconocimiento a los viejos *txistularis*. En casi todos ellos menciona la persecución que sufrieron por parte de aquellos campeones del rigorismo del siglo XVIII como el padre jesuita Sebastián Mendiburu (1708-1782), enemigos de todo lo que sonara a baile o a intimar con el sexo opuesto. No digamos con el mismo sexo, algo imposible solo de ser concebido.

Asimismo, cuando trataba la figura del padre Manuel Larramendi (1690-1766), un autor muy querido y cuya *Corografía* fue ya un libro de juventud, se referirá a él con agrado por su postura favorable al *ttun-ttun* y a los bailes del país. Recordemos que en la galería de personajes guipuzcoanos ilustres pintados por su íntimo amigo Antonio Valverde, Arteche dio rostro al historiador y gramático *andoaindarra*.

Saint-Cyran tuvo un gran eco tanto en el país como en América. Arteche recibió muchas cartas. Una le llegó de su amigo el azkoitiarra Trino Uría (1901-1972), un confidente y apologeta de sus libros. Le cuenta: “Había que decir todo eso y Ud. además de decirlo,

como lo hace, ha dado en el clavo de buscar el pretexto *ad hoc* y ese pretexto es St.-Cyran” y prosigue “el libro más que para fuera es para el país”. Uría no se muerde la lengua y le pone negro sobre blanco lo que Arteche solo ha sugerido: “decir claramente, cómo se llama esa carroña que ha roído al país bajo un aparente velo de integridad y santidad”.

Prosigue Uría señalando que el problema es el de siempre: liberalismo frente a integristismo: “así St-Cyran es un pretexto para una radiografía tajante y costosa del país y su caracterología”. Y se lanza a tumba abierta atacando a los jesuitas “de nuestro valle”

Uría no había conocido a un San Ignacio humano hasta hace poco. Le hurtaron los propios jesuitas. Le aseguraba tener una edición de los



Retrato de Larramendi de Valverde con el rostro de Arteche.

Provinciales de Pascal del XVIII, un ataque en toda regla a los jesuitas, y cuando alguno venía por casa, se lo enseñaba “haciendo profesión de ser más jansenista que Jansenio”.

Calificaba al jesuitismo como “una manera de ser” y proseguía sosteniendo que sus frutos eran negativos: “les debemos un mal incalculable aquí, en nuestro valle, Un mal cuyo alcance está subiendo a una meta que se verá quizás no lejos. Es curioso, pretendiendo ser más santos que nadie terminar descristianizados”⁵⁴.

No disponemos de la respuesta de Arteche que raramente sacaba copia, aunque vete a saber, quizás algún día la conozcamos. Con jesuitas o sin jesuitas, José estaba inmerso en la 3ª edición de su *San Ignacio de Loyola* cuando le sorprendió la muerte. Sus funerales tuvieron lugar en la parroquia de San Ignacio de Gros.

Día de San Ignacio de 2021

Bibliografía

- AIZPURU MURUA, Mikel, *Antzinako Azpeititik Azpeiti berrira*, Azpeitia: Azpeitiko Udala, 2011,
- ARTECHE, José de, “Niños vascos”, *Euzkadi*, 17-4-1932.
- ARTECHE, José de, *Canto a Marichu*, San Sebastián: Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, S. A., 1970.
- ARTECHE, José de, *Saint-Cyran*, Zarauz: Auñamendi, Icharopena, 1958.
- ARTECHE, José, *Caminando*, Zarauz: Icharopena, 1947.
- ARTETXE, José de, “La disolución de la Compañía de Jesús”, *El Día*, 31-7-1932.
- ARTETXE, José de, “Esa es la raza”, *El Día*, 1-7-1931.
- ARTETXE, José de, “Deun Iñaki y sus hijos, por el solar vasco”, *Euzkadi*, 1-8-1933.
- ARTETXE, José de, “Lutero-Loyola. Dos hombres, dos obras”, *El Día*, 31-7-1931.
- ARTECHE, José de, *El Abrazo de los Muertos*, Madrid: Espejo de Tinta, 2008.
- ARTECHE, José de, “Pedro de Leturia, el historiador sereno”, *La Voz de España*, 7-5-1955.

(54) Carta de Trino Uría, 25-1-1959.

- ARTECHE, José de, *San Ignacio de Loyola, José de Arteche, un hombre de paz*, San Sebastián: RSBAP, 2006.
- ARTECHE, José de, *Rectificaciones y añadidos*, Bilbao: Vardulia, 1965.
- ARTECHE, José de, *San Francisco Javier*, Zaragoza: Hechos y dichos, 1951.
- ARTECHE, José de, *Vida de Jesús*, Zarauz: Icharopena, 1955.
- ARTECHE, José de, *Lope de Aguirre, traidor*, San Sebastián: Caja de Ahorros Provincial, 1974.
- ARTECHE, José de, “Frivolidad culpable”, *La Voz de España*, 20-10-1953.
- BERRIOCHOA AZCÁRATE, Pedro, *Recordando a José de Arteche (1906-1971)*, San Sebastián: Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, 2021.
- REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA: Ficha de Pedro de Leturia.
- VILLANUEVA EDO, Antonio, *José de Arteche Arámburu. Vida y obra de un vasco universal*, San Sebastián: Fundación Kutxa, 1996.